

DONDE LAS SOMBRA SOBREVIVEN

y otros cuentos

Yanela Ángela Fructuoso Perez



Ediciones IESPP "Huaraz"

DONDE LAS SOMBRAS SOBREVIVEN Y OTROS CUENTOS

Yanela Ángela Fructuoso Perez
Autora

Dirección y coordinación editorial

Luis Adolfo Apolín Montes

Diseño y diagramación

Luis Adolfo Apolín Montes

Corrección de estilo

Chávez Castromonte Maribel Edith
Guerrero Cochachin Shamira Mercedes
Huarac Solís Raúl Félix
Trejo Ángeles Andrés Aníbal

Responsable de edición

Luis Adolfo Apolín Montes

Editado por

Instituto de Educación Superior Pedagógico Público Huaraz
Ediciones IESPP «Huaraz»

Domicilio legal del editor

Av. Las Flores S/N (primera cuadra) Nicrupampa, Independencia
Huaraz, Áncash, Perú

Colección

Literatura regional

Serie interna

Narrativa regional

Código editorial

EIH-LIT-003-2026

Número de catálogo general

006

Primera edición digital

Agosto de 2026

Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2026-09939

Declaración de acceso gratuito

Esta publicación se distribuye de manera completamente gratuita en formato PDF exclusivamente a través de la Biblioteca Digital “Marcos Yauri Montero” del IESPP-“Hz”. Queda prohibida cualquier venta, intercambio comercial o uso que genere lucro directo o indirecto de este material.

Información sobre derechos de autor

Los derechos morales y patrimoniales de las obras corresponden exclusivamente a su autora. Su publicación e incorporación al catálogo editorial se realizan con su autorización expresa, sin que ello implique cesión o transferencia de dichos derechos.

Donde las sombras sobreviven



Evaristo, un abuelito que tenía noventa años, su rostro se encontraba curtido por el sol y los años que ya habían pasado a lo largo de su vida. Vivía dentro de un pequeño pueblo del interior, rodeado de cerros y campos que, hasta hace poco, parecían tranquilos. Toda su vida se había dedicado a cuidar la tierra, en especial su maizal, que era su gran orgullo, su alimento, su única compañía y su sostén de toda la vida.

Cuando el sol se asomaba, el abuelo se apoyaba sobre su bastón, respiraba profundo y observaba el campo con mucha ternura. Cada grano que crecía era para él una pequeña victoria sobre el tiempo que transcurría. Mencionaba que el maíz no solo alimentaba el cuerpo, sino también el alma tan pesada que uno tenía.

“El que siembra maíz, siembra vida llena de esperanza, donde renace el alma”, es lo que él solía repetir; dentro de su mirada se encontraba una tranquilidad que confirmaba todo.

El pasar de los días en el valle eran tranquilos, hasta que comenzaron las lluvias. Al principio, parecían bendecir a la tierra y a sus cultivos, pero poco a poco se volvieron persistentes y agresivas. El cielo se vistió de un color negro, los truenos se hicieron más cercanos y el río, antes manso ante todos, ahora empezó a rugir con gran fuerza, que todos al oírlo empezaban a temerlo. Los vecinos de aquel pueblo hablaban del peligro de un huaico, pero Evaristo, acostumbrado a las inclemencias del tiempo, no se alarmó.

—El cerro me conoce —mencionó con calma—. En mis noventa nunca me ha hecho daño, y yo nunca le he faltado el respeto a él.

Sin embargo, esa confianza con la que contaba Evaristo se convirtió pronto en dolor. Una noche, en que el viento golpeaba las ventanas de manera brusca y la lluvia caía sin descanso —al igual que lágrimas de una madre que pierde a su único hijo—, el suelo tembló ante tales situaciones. Un ruido profundo, como un rugido de alguna bestia feroz, bajó desde lo



alto del cerro. El huaico descendió con una fuerza incontrolable: barro, piedras y árboles que fueron arrancados comenzaron a mezclarse en un torbellino que arrasó con todo a su paso; nada ni nadie era un obstáculo ante su llegada.

En cuestión de minutos, el pueblo se convirtió en un río triste, espeso y marrón. Las casas de aquel lugar fueron arrasadas completamente por el lodo, los animales se encontraban desaparecidos y las voces de los vecinos se perdieron entre el ruido del agua. Evaristo con gran esfuerzo alcanzó a correr hacia una colina cercana, pero al mirar atrás lo único que vio fue destrucción.

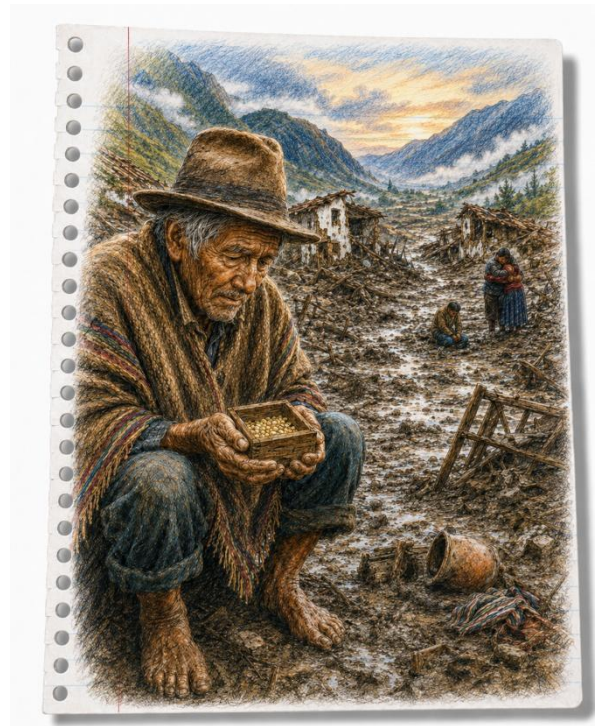
Se arrodilló y, con una voz temblorosa, murmuró:

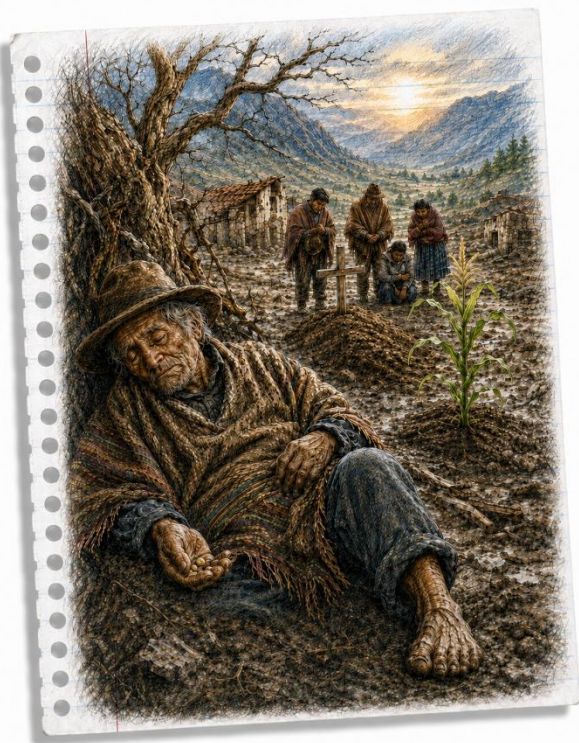
Tierra mía... ¿por qué muestras tu enojo conmigo?

Cuando el amanecer de aquel día llegó, la lluvia había cesado, pero el paisaje era irreconocible. El maizal, su chacra, su vida entera, había desaparecido bajo el barro oscuro lleno de almas que arrebató a su paso. Evaristo caminó lentamente entre los restos, hundiendo sus pies descalzos en la tierra húmeda, buscando alguna señal de lo que antes fue su hogar. No encontró nada. Solo un silencio profundo y devastador.

Durante los siguientes días, el abuelo vagó por lo que quedaba de aquel desastre, consumido por la tristeza que guardaba en su interior. Apenas comía y dormía poco. No solo había perdido su cultivo, sino también a muchos de sus compañeros de vida y a aquellos amigos que tanto quería, quienes no lograron escapar de la catástrofe. El pueblo entero parecía tan solo un recuerdo; no quedaba rastro alguno de lo que fue un día antes de aquel desastre natural. En todos lados se veían las marcas de la tragedia, y en cada rincón se veían familias llorando con desesperación por la pérdida de sus seres queridos.

Para Evaristo, el maíz era más que un alimento; era el símbolo de la vida y la esperanza.





Y ahora que ya se había desvanecido, sentía que su propia existencia había perdido el sentido. Se sentaba a contemplar lo que alguna vez fue su chacra, sosteniendo entre sus frágiles manos una pequeña cajita de madera donde siempre guardaba unas cuantas semillas que había salvado de aquel desastre.

—Eres lo último que me queda —le dijo una tarde a la semilla—. Pero la tierra ya no tiene fuerza, ni yo tampoco la tengo.

El tiempo transcurrió. El sol volvió a brillar como siempre, pero el valle no volvió a ser el mismo. Algunos sobrevivientes regresaron para reconstruir sus hogares y le ofrecieron ayuda al abuelo, pero él rechazó todo con una sonrisa triste y con una mirada melancólica.

—No hay nada que reconstruir cuando el alma ya se derrumbó; todo es ya imposible —respondía.

Una mañana, un pequeño del pueblo lo vio dormido al pie de un árbol de capulí seco, con la pequeña semilla que aún sostenía en su mano. Parecía tranquilo, sereno, como si descansara. Cuando intentaron despertarlo, comprendieron que el abuelo ya había partido, tal vez para reencontrarse con la tierra que tanto amó, cultivó y cuidó.

Lo sepultaron junto al terreno donde había vivido toda su larga vida. Los pobladores colocaron sobre su tumba una cruz de madera y, al lado, sembraron la semilla que él había guardado en representación a lo que él tanto amaba.

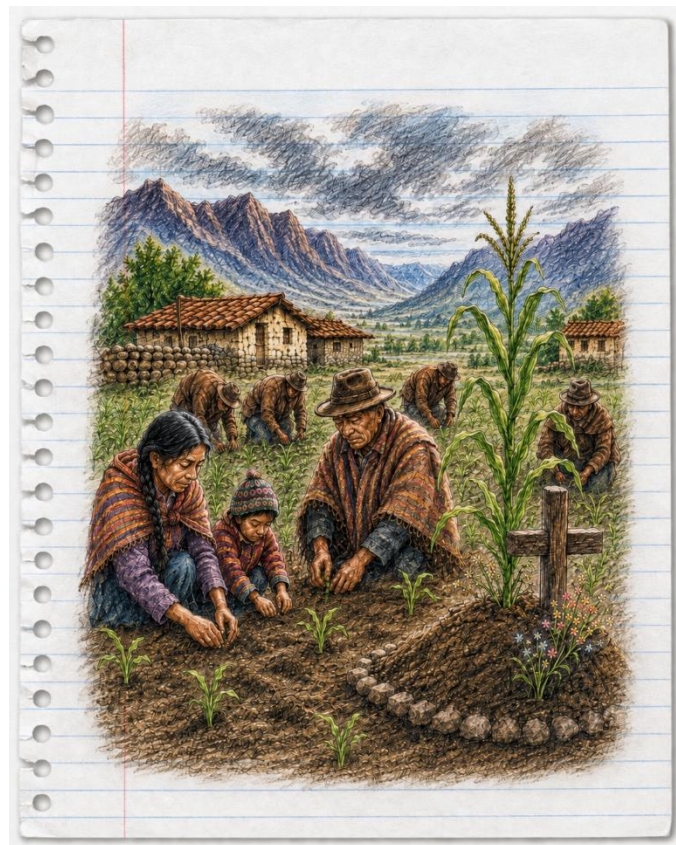
Pasaron los meses después de la muerte del abuelo, y cuando las lluvias regresaron, algo extraordinario ocurrió. En medio del barro reseco, brotó una única planta de maíz. Nadie la tocó. Todos la llamaron “El maíz del abuelo”.

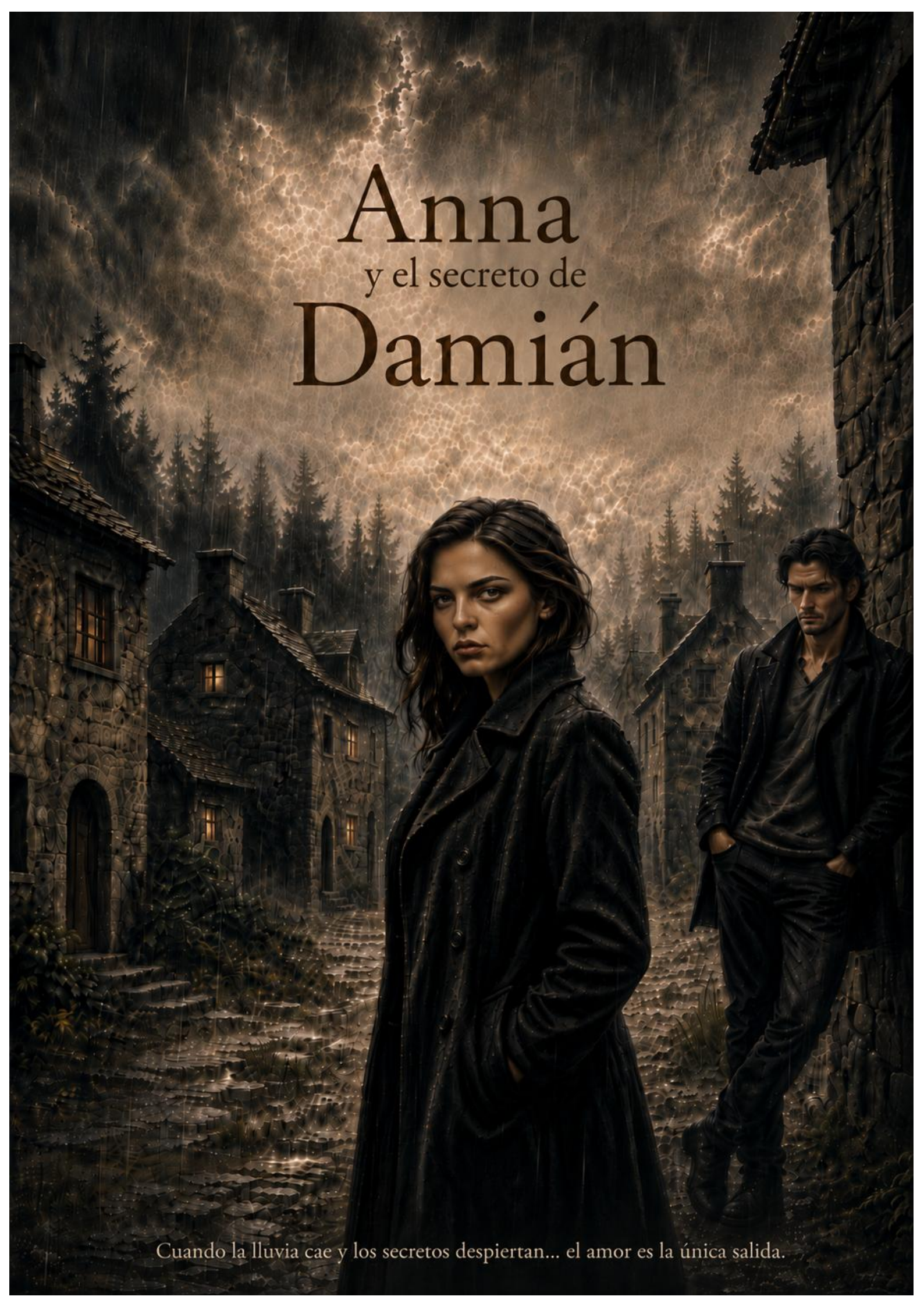
Esa planta se convirtió en símbolo de esperanza para toda la comunidad. Representaba la vida que renace, aun después de tanta tragedia, y el amor inquebrantable de un hombre por su tierra natal.

Algunos mencionaban que, cuando el viento sopla fuerte, se podía escuchar la voz de aquel abuelo que murmuraba entre las hojas verdes:

El maíz siempre vuelve... aunque uno ya no esté para poder volver a verlo.

Desde entonces, cada año, los pobladores siempre siembran maíz en conmemoración del abuelo. No solo con el fin de alimentarse, sino para recordar que, incluso en los peores momentos, la esperanza puede germinar donde menos lo esperamos y nos puede sorprender...





Anna y el secreto de Damían

Cuando la lluvia cae y los secretos despiertan... el amor es la única salida.

Yo no ingresé al libro por simple accidente.

Lo abrí en una noche de silencio pesado y quieto —una que trae misterio, pero también tranquilidad—, cuando la lluvia golpeaba la ventana de mi habitación y yo me quedaba a oscuras, iluminada únicamente por la luz de una lámpara pequeña. *Damián: Un secreto oscuro y perverso* se encontraba sobre mi escritorio desde hacía días, esperándome como si supiera que lo leería tarde o temprano. Pero apenas leí las primeras páginas, empecé a sentir esa extraña presión en el pecho que solo sucede cuando uno entiende que es demasiado tarde: ya no está afuera de la historia, sino a punto de caer dentro de ella.



No recuerdo el momento exacto en que crucé esa línea entre lo real y la ficción del libro. Solo sé que, de pronto, ya no me encontraba dentro de mi habitación, sino en el pueblo de Asfil.

El pueblo era tal como lo había imaginado y lo describían: callado, oscuro, con una belleza enferma y asombrosa, que parecía esconder algo en cada esquina. Caminé despacio por la calle principal; era asombrosa y perfecta para mí, pero sentía que todos los rostros me observaban, aunque nadie levantara la vista hacia mí. Entonces lo vi, allí, inmóvil.

Damián estaba apoyado contra una pared blanca, pero su presencia le quitaba protagonismo al lugar. Se encontraba con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en algún punto que yo no podía descifrar, y eso me desesperaba.

En el libro, se menciona que él proyectaba misterio, peligro y distancia. En persona, era más de lo que se describía entre líneas; no porque diera miedo de manera inmediata, sino porque desprendía esa clase de tristeza que atrae con gran intensidad, mucho más de lo que asusta.

Cuando me acerqué, él levanto la mirada.

—No eres de aquí —dijo con voz fría.

Su voz me dejó inmóvil.

—Me llamo Anna —respondí al fin, con gran dificultad.

Él me observo en silencio, como si aquel nombre acabara de romper algo dentro de esa escena. Luego inclinó apenas la cabeza, estudiándome con una intensidad que hizo estremecer todo mi ser. No parecía sorprendido de verme; lo que sí parecía era molesto, como si mi llegada hubiera alterado un camino cuyo final él no conocía.

—Anna —repitió en voz baja—. No deberías estar aquí, lo sabes.

—¿Y tú sí?, —le dije.

En sus labios se dibujó una sonrisa breve, casi triste.

—Menos todavía, —replicó.

Desde ese instante supe que algo cambiaba dentro de esta historia, en nosotros. No solo en mí, sino también en él. Damián tenía esa clase de oscuridad que no era para destruir, sino para esconder el dolor interno o que queda como un triste recuerdo con cicatrices. Mientras más hablaba conmigo, más se resquebrajaba esa dureza que llevaba como una armadura de roca. Yo no podía dejar de mirarlo a los ojos, esa ventana al alma como solía llamarla, y él comenzó a mirarme como si mi presencia le resultara amenazante, pero de una forma muy distinta y, a la vez, maravillosamente interesante.

De camino a su casa, me advirtió que en Asfil había cosas que jamás debían despertarse. Añadió que las personas del pueblo aprendían a callar, porque allí decir la verdad era mucho peor que mentir. Yo lo escuchaba, pero lo único que de verdad me importaba era la forma en que su voz se quebraba apenas, muy al fondo, cuando nombraba un pasado propio que fue duro.

—¿Por qué actúas como si cargaras con algo asombrosamente terrible? —le pregunté.

Él tardó unos minutos en responder, pero ese tiempo fue eterno para mí.

—Porque lo haga, no supongas que es verdad —confirmó, anticipándose a mi sospecha, y me miró con una frialdad escalofriante.



Esa noche, él permitió que me quedara bajo su mismo techo. No exactamente con él, pero sí lo bastante cerca como para oír sus pasos en aquel pasillo y el crujido de la ventana moviéndose por el viento que acompañaban aquella melodía. Yo no podía conciliar el sueño. Cada vez que intentaba cerrar los ojos, veía a Damián de pie en medio de la oscuridad inmensa de la noche, como si estuviera llamándome sin hablar.

Al día siguiente lo encontré observando el bosque desde el borde.

Parecía muy distinto. Más tenso. Más solitario.

—No vengas conmigo —dijo apenas me vio acercarme.

—Entonces no me mires como si quisieras decirme otra cosa —le respondí, tratando de imitar su tono de voz.

Damián bajó la cabeza, y por un instante creí ver una mínima grieta en su control. Se acercó paso a paso, pasos largos que hicieron que mi cuerpo se estremeciera. Yo no retrocedí, permanecí firme. El silencio entre los dos era tan fuerte que parecía tener peso y ser eterno.

—Anna —murmuró—, tú no entiendes lo que soy en verdad.

—Entonces explícamelo —insistí.

Él mantuvo sus ojos fijos en los míos. Había rabia en su mirada, pero también cansancio, miedo y algo más que me dolió reconocer: un profundo anhelo de ser comprendido. Damián no estaba acostumbrado a que alguien lo viera sin huir; y yo, en lugar de apartarme, me quedé ahí, firme y sin temblar, desafiándolo.

Entramos al bosque juntos, pero en silencio, como si ambos no tuviéramos la compañía del otro.



El lugar tenía un aire espeso, como si los árboles ocultaran voces antiguas o tuvieran voces propias. Damián caminaba delante mío con pasos firmes, aunque yo notaba que se mantenía alerta a cada ruido que nos rodeaba al cruzar el bosque. De pronto se detuvo frente a una zona de tierra removida y yo choqué contra su espalda firme y ancha.

—Aquí en este lugar es donde los secretos empezaron —dijo.



No entendí a qué se refería hasta que vi por mí misma las marcas en el suelo. Había señales, nombres y símbolos extraños. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda; qué digo la espalda, me recorría todo el cuerpo como si ya no tuviera control sobre mí.

—¿Quién hizo esto?, —pregunté.

Damián guardó silencio.

—Gente que cree que el miedo le pertenece —respondió por fin, tras un largo silencio—. Gente que me hizo ser quien soy ahora.

Me giré hacia él. Su expresión no era la de un monstruo, sino la de alguien cansado de que lo llamaran así. En su mirada pude ver su fragilidad interna, algo que nadie más logró ver en él. En ese momento entendí que Damián no necesitaba mi lástima; necesitaba que alguien se quedara. Y yo, sin saber muy bien cómo ni por qué, ya había decidido hacerlo.

—No quiero que sigas solo —le dije.

Él me miró como si no estuviera preparado para escuchar algo tan simple pero sincero, real.

—No digas cosas que no vas a poder sostener —me dijo con la voz apagada.

—Sí las sostengo —repliqué.

Damián dio un paso hacia mí y la distancia entre los dos se volvió mínima. Podía sentir el frío de su cuerpo, el olor a lluvia en su ropa, la tensión contenida en sus manos. Entonces pasó algo extraño: su rostro dejó de verse endurecido, como si mi voz hubiera logrado disipar la sombra que lo envolvía. No fue un cambio brusco, sino lento, casi imperceptible, pero real. Damián empezaba a cambiar por mí, transformado por mis palabras y por la confianza que logré depositar en él.

No en el sentido de volverse otra persona de golpe —de esos que cambian de la noche a la mañana—, sino en ese modo peligroso en que alguien acostumbrado a huir empieza a quedarse. Se reflejaba en la forma en que me buscaba con la mirada, la cual era mi gran satisfacción. En la manera en que ya no parecía tan dispuesto a hundirse solo.

Y en cómo, por primera vez, dejó de tratarme como una intrusa en su vida y comenzó a mirarme como alguien importante en ella.

Esa noche, cuando volvimos al pueblo, me confesó aquello que lo había mantenido atrapado desde hacía mucho tiempo.

—He hecho cosas de las que no me siento orgulloso —mencionó. Hay partes de mí que no se arreglan con palabras bonitas.



—No quiero arreglarte —respondí segura de mí.

Él me observó con una mezcla de sorpresa y alivio; su mirada lo delataba. Es cierto aquello que dicen de que los ojos son la ventana del alma.

—Entonces, ¿qué quieres? —me preguntó.

Me acerqué un poco más.

—Quiero que dejes de esconderte de mí —le respondí.

Sus ojos se ablandaron. Damián levantó la mano, dudó un segundo y luego rozó mi mejilla con una delicadeza que no esperaba de parte de él. Ese gesto me desarmó por completo; mi cuerpo reaccionó no con miedo, sino con esos nervios hermosos, de los buenos. Ahí entendí que el verdadero secreto no estaba solo en su pasado, sino en la posibilidad de que alguien pudiera alcanzarlo antes de que se perdiera del todo... y yo lo había conseguido.

La noche siguiente, el libro se abrió solo sobre mi cama como si me invitara a mirar en su interior.

Las páginas mostraban mi nombre, Anna, escrito entre escenas que yo todavía no había vivido. Leí una frase que me dejó sin aliento: “Él cambiará si ella se atreve a quedarse”. Volví a mirar las palabras una y otra vez. Luego levanté la vista y vi a Damián en la puerta de mi habitación, como si hubiera salido de las páginas para encontrarme a mí.

—Anna —dijo—, ya no quiero ser el mismo.

No supe qué responder. Solo caminé hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba al principio, como si no recordara cómo recibir cariño. Después, lentamente, se rindió al gesto. Apoyó la frente sobre mi hombro y cerró los ojos. En ese instante supe que sí había cambiado por mí; no de una manera perfecta, sino humana, vulnerable, posible. Y tal vez eso era mucho más valiente que cualquier salvación a la que pudiera aspirar.

Desde entonces, Asfil dejó de parecerme un lugar maldito.

Seguía siendo oscuro, seguía guardando secretos, seguía oliendo a peligro. Pero había algo distinto: Damián ya no estaba solo en su propia sombra. Yo estaba allí, junto a él, y por primera vez la historia no parecía arrastrarlo hacia el abismo, sino ofrecerle una salida.

Y aunque el libro nunca se cerró del todo, yo ya no le tuve miedo.

Porque entendí que, en esa historia, el amor no era una debilidad. Era la única forma de cambio y la solución para alguien que se había vuelto muy importante para mí. Sin que me diera cuenta, mis ganas de ayudarlo y no dejarlo solo se habían convertido en amor.



El cuarto sin ventanas



La primera vez que escuché el llanto pensé que venía de la calle. Era una noche oscura y nublada de julio, húmeda y cerrada; de esas en las que el aire parece quedarse atrapado entre las paredes de cualquier hogar. Yo me encontraba solo en la vieja casa de mi abuela, revisando una caja llena de libros y cuadernos que ella había dejado después de mudarse con mi tía. La casa siempre me había parecido triste, pero aquella noche tenía algo distinto, algo que no sentí las veces anteriores, se lograba sentir como algo que guardara un mal humor antiguo, un silencio que no descansaba nunca.



Encendí la lámpara de la mesa y seguí ordenando los papeles, olvidando aquel presentimiento. Afuera soplaba el viento con una insistencia rara, golpeando las ramas del naranjo contra el techo de calamina. Entonces lo escuché otra vez: un sollozo bajo, muy leve, casi ahogado. Me detuve en pleno acto. Me di cuenta de que el sonido no venía de la calle. Venía del interior de la casa.

Me quedé inmóvil, con los nervios a flor de piel, tratando de reconocer de dónde salía. La cocina estaba vacía. El pasillo, oscuro. El patio interior, cerrado con su reja oxidada. Pensé que quizá el ruido era una ilusión mía, una mezcla de cansancio y viento. Pero el llanto regresó, esta vez más claro, y yo sentí cómo se me enfriaban las manos.

La casa de mi abuela tenía una habitación que nadie usaba. Estaba al final del corredor, junto al baño, y siempre permanecía cerrada bajo llave. Cuando era niño, mi abuela me decía que no entrara allí, porque “las cosas olvidadas se ponen a escuchar”. Yo me reía de esa frase, porque no la entendía, pero jamás me atreví a preguntar qué significaba. Esa noche, sin embargo, el llanto parecía venir justamente de esa puerta.

Me acerqué despacio. Cada paso crujía en las tablas viejas del piso, convirtiéndose en mi enemiga. La bombilla del pasillo parpadeaba con una luz amarillenta que hacía temblar las sombras. Puse la mano sobre la perilla. Estaba fría, mucho más fría que el resto del aire. Dudé por un instante, pero entonces el llanto se convirtió en una respiración agitada, como si alguien se

encontrara detrás de la madera esperando a que yo abriera esa puerta e ingresara.

Empujé. La puerta cedió con un quejido largo. Un olor a humedad, polvo y algo más, un olor agrio y extraño, salió de aquella habitación. No había ventanas. Solo una cama estrecha, un ropero viejo y una silla en medio, cubierta por una manta gris. La lámpara del pasillo alcanzaba apenas a iluminar dentro, así que avancé un paso y busqué el interruptor en la pared. No funcionó. Ninguna luz respondió, ante mi búsqueda desesperada.

Entonces oí, detrás de mí, el sonido de la puerta cerrándose.

Giré de golpe. La habitación quedó sellada por completo. No se veía nada, no lograba ver nada pese a mis esfuerzos. Quise abrir, pero la manija no se movió ni un centímetro. La golpeé con fuerza y nada. Y, en medio de esa oscuridad espesa, sentí algo peor que el encierro: sentí que no estaba solo, mi cuerpo comenzó a temblar.

— “¿Abuela?”, —dije, aunque sabía que era imposible.

Nadie respondió.

El llanto comenzó otra vez, más cerca de mí. Ya no sonaba como el de un niño, sino como el de una garganta rota, una voz fatigada que intentaba imitar a una persona viva. Me obligué a respirar despacio. Saqué el celular y encendí la linterna. El haz de luz cayó sobre la silla del centro de esa habitación.

La manta se movía de a poco.

Retrocedí hasta chocar con el ropero. La manta se deslizó sola, como si algo se levantara desde debajo. Lo que vi primero fueron unos dedos delgados, luego una muñeca cetrina, después un brazo demasiado largo. La figura que emergió no tenía forma completa: era como un cuerpo hecho de sombra húmeda, de ropa vieja pegada a algo que no quería ser visto nunca en este mundo terrenal.

La linterna tembló en mi mano.

Aquel ser inclinó la cabeza. Donde debían estar los ojos, había dos huecos



negros que absorbían la luz. Sentí un golpe seco en el pecho, como si el aire se me acabara de romper por dentro, mi corazón palpitaba sin descanso. Quise gritar, pero solo salió un sonido débil, mi cuerpo no respondió. La figura dio un paso, luego otro, arrastrando algo invisible por el piso. Cada movimiento hacía que la madera gimiera.

Fue entonces cuando recordé lo que mi abuela me repetía cuando yo era pequeño y tenía pesadillas: “Si escuchas que te llaman desde un cuarto cerrado, no respondas”. No entendí aquella advertencia hasta ese instante. La figura abrió la boca y pronunció mi nombre con una voz muy parecida a la de ella.

Yo no respondí.

El silencio que siguió fue peor que el llanto. La cosa se quedó quieta, como si estuviera escuchando mi respiración. Después avanzó rápido, con una brusquedad imposible, y se lanzó hacia mí. Me aparté instintivamente, golpeé el ropero y una puerta interna se abrió de golpe para mi suerte. Cayeron al suelo varios cuadernos amarillentos, atados con una cinta negra. Uno de ellos se abrió solo ante mis ojos temblorosos.

Leí la primera línea a la luz del celular:

“Cuando el ruido empieza, no lo mires. Si lo miras, sabrá que ya despertaste”.

Sentí un mareo extraño. Pasé las páginas con prisa. Había fechas antiguas, anotaciones de mi abuela, descripciones de noches parecidas a la que yo estaba viviendo. En cada hoja se repetía la misma advertencia: algo

había vivido encerrado en ese cuarto durante años, algo que se alimentaba del miedo y de la atención de quienes lo descubrían, ahora esa persona era yo. Según los cuadernos, no debía abrirse nunca la puerta después de la medianoche.

Miré el reloj del celular.

Faltaban dos minutos para las doce.

La figura emitió un sonido grave, casi satisfecho, y la habitación se enfrió de golpe. Las paredes comenzaron a crujir.





El ropero vibró. La puerta golpeó con violencia desde afuera, como si algo más estuviera tratando de entrar o salir. Entendí que no solo yo estaba encerrado, también lo estaba la cosa, y ahora que había sido vista, buscaba un cuerpo nuevo que poseer.

Busqué una salida desesperadamente. Entre los cuadernos encontré una hoja arrancada con tinta corrida. Solo decía: “No abra la ventana”.

Levanté la vista por puro instinto.

No había ventana cuando entré. Pero

ahora sí.

En la pared del fondo apareció una abertura estrecha, húmeda, con un vidrio empañado por dentro. Detrás de ese vidrio había una silueta inmóvil. Al principio pensé que era el reflejo de mi propio cuerpo. Luego vi que tenía el rostro pegado al cristal, demasiado cerca, con una sonrisa torcida que no pertenecía a nadie vivo.

La figura del cuarto soltó un alarido. La puerta se abrió de golpe.

Corrí.

Salí al pasillo tambaleándome y choqué con la pared opuesta. No miré atrás. Solo escuché pasos que no seguían la lógica de un cuerpo humano, arrastrándose y golpeando al mismo tiempo. Crucé la sala, abrí la puerta de entrada y salí a la calle descalzo, con el corazón desbocado, sintiendo que algo frío me rozaba la nuca.

No me detuve hasta llegar a la casa de mi tía, tres cuerdas más abajo. Llamé a la puerta llorando. Nadie respondió durante un largo minuto. Cuando por fin abrieron, mi tía me vio pálido, empapado de sudor, y detrás de mí la calle se encontraba vacía.

Esa misma noche regresaron conmigo a la casa de mi abuela. La puerta del cuarto sin ventanas seguía abierta. Dentro no había nadie, solo la silla en el centro, la manta gris y, sobre la cama, un cuaderno nuevo que, yo juraría, no había estado allí antes. Lo abrí con manos temblorosas.

En la última página, escrita con una letra que reconocí de inmediato, estaba la frase que aún hoy me despierta a medianoche:

“Ahora que ya sabes escuchar, tendrás que contestar”.



EL AMULETO DEL DRAGÓN ROJO

— LA LEYENDA OCULTA DE MUSHU —

忠诚如火
命运如风
誓言永不熄灭



— LEALTAD • SACRIFICIO • DESTINO • HONOR —



Antes de convertirse en el humilde guardián del clan Fa, Mushu guardaba un secreto enterrado bajo siglos de ceniza y bronce: una promesa atada a la piedra de jaspe negro que siempre llevaba oculta junto a él.

LA ESCAMA Y LA OBSIDIANA

En la memoria de las piedras del Gran Temple no solo existía el orgullo de los ancianos, existía también el silencio de las glorias olvidadas del pasado. Muchos siglos antes de que Mulán tomara la espada de su padre, Mushu no era un dragón diminuto encargado de despertar a los antepasados con un plato plano oxidado. Había sido el compañero fiel de batalla de Lin Zhao, una gran estratega y guerrera legendaria cuya lanza, conocida como la Corta-Cielos, había mantenido a salvo las fronteras del imperio en tiempos oscuros de la dinástica, que era atacada en ese entonces.

Lin Zhao no luchaba por tener el favor de la corte ni tampoco por el incienso de los altares que eran colocados por quienes la admiraban y recordaban. Luchaba por las personas débiles, se sostenía con la confianza y la lealtad inquebrantable hacia Mushu, a quien trataba no como un simple sirviente divino, sino como un ser de igualdad. Sin embargo, en la batalla de las Gargantas Negras, una hechicera desató un conjuro de sombra eterna para desaparecer a las fuerzas imperiales. Para poder salvar la vida de Mushu y evitar que su propia alma fuera consumida por la magia oscura, Lin Zhao permitió que el espíritu de la bruja la arrastrara a un trance definitivo: su esencia vital fue sellada dentro de un talismán de jaspe negro.

Mushu juró, con lágrimas en los ojos, proteger la piedra con su propia vida. Pero la corte de los Ancestros, considerando que la pérdida de la guerrera era una deshonra no resuelta, redujo el gran tamaño del dragón y castigó el orgullo de Mushu, relegándolo a tareas menores. Desde aquel día, el pequeño dragón escondió el talismán entre los pliegues de su pecho, manteniendo su fuego encendido solo por el recuerdo de su verdadera compañera.



EL TALISMÁN DE JASPE NEGRO

“Cuando el fuego divino se combine con la voluntad de una sangre pura que no busca gloria sino justicia, el sello se fragmentará y la sombra devolverá a su guerrera”.

EL FUEGO EN LA NIEVE

Cuando el destino por azares de la vida los unió, Mushu y Mulán se juntaron en su desesperado viaje al campamento militar, el dragón observó en la joven campesina el mismo brillo intrépido que una vez poseyó su antigua compañera Lin Zhao. No era el afán de solo demostrar su valor a los Ancestros lo que motivaba cada uno de sus movimientos, sino era la necesidad imperiosa de poder proteger la chispa de valor que encarnaba la muchacha.

Durante la emboscada feroz en el Paso de Tung-Shao, cuando el ejército de los Hunos acorraló a la escasa tropa en medio de los picos helados de las montañas, la crisis alcanzó su punto culminante. Shan Yu avanzaba entre la ventisca, y Mulán toma la decisión decisiva de apuntar el último cañón hacia la cumbre de la montaña para desatar una gran avalancha. Mientras Mulán corría contra el tiempo bajo el fuego de los enemigos, una flecha perdida rompió la cuerda del estuche de tela donde Mushu resguardaba el talismán. La piedra de jaspe cayó sobre la nieve ensangrentada, absorbiendo el impacto del frío y el ardor del fuego volcánico del último cañón.

EL DESPERTAR DEL JASPE

El gran estruendo de la avalancha retumbó como el rugido de mil dragones ancianos que protegían al gran imperio. En el momento exacto en que la nieve sepultaba a las tropas enemigas y Mulán arriesgaba su vida para rescatar al capitán Shang, la piedra de jaspe negro comenzó a



despedir un resplandor dorado y ardiente desde sus grietas, poco difícil de ser ignorado por todos en ese lugar.

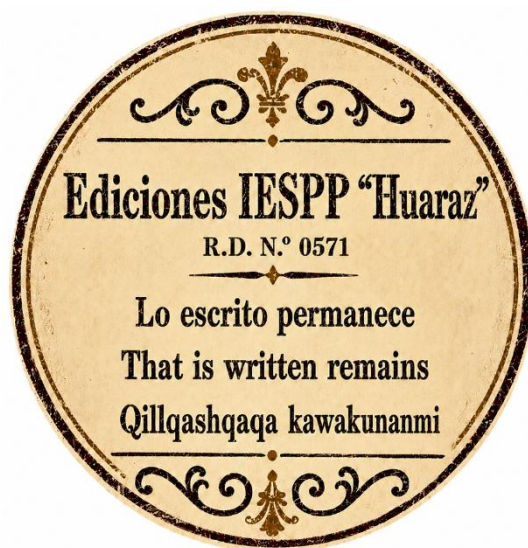
Mushu se lanzó entre la nieve acumulada para así recuperar el amuleto. Al tocarlo, la energía retenida durante tanto tiempo encontró por fin su canal. La determinación abnegada de Mulán y la lealtad inquebrantable que Mushu había tenido durante siglos rompieron el antiguo sello de la hechicera.

Una luz enceguecedora rasgó la niebla helada del paso militar con una fuerza indescriptible. Del humo y el vapor de la nieve derretida, emergió una figura alta, con una armadura de placas de bronce antiguo grabadas con las imágenes de fénix y dragón. Lin Zhao pisó la nieve firme por primera vez en cientos de años, con la lanza Corta-Cielos resonando a su lado, tan imponente como su portador.

—Has mantenido la guardia bien, pequeño dragón —dijo la guerrera, sosteniendo la mirada atónita pero desbordante de alegría de su fiel amigo Mushu, mientras tendía la mano para levantarlo de la nieve.

Con la llegada de Lin Zhao, la batalla final no solo aseguró el destino del Imperio en la Ciudad Prohibida, sino que restauró el lugar de Mushu: ya no como un guardián castigado, sino como el auténtico dragón guardián de la luz y la justicia, al lado de dos de las más grandes guerreras que China jamás conoció, marcando para siempre la historia de la gran ciudad imperial.





Donde las sombras sobreviven y otros cuentos

Se terminó de preparar esta edición digital el 19 de agosto de 2026 en Huaraz, con herramientas de software libre.



Ediciones IESPP "Huaraz"